Urciénaga[1] de Galo Ghigliotto[2]

En la boca, sabor a moras silvestres. No frutos maduros, violeta intenso, dulces y carnosos, sino verdes, amargos, de los que al masticar dejan un sabor chirriante, un gusto que se estratifica desde el paladar hacia atrás. Incluso te parece sentir los pelillos hirsutos que envuelven al fruto, desde cuyas células se liberan ásperas partículas de alcaloides contra tus papilas. Pareciera que alguien hubiese tendido una hilera de peldaños desde tu lengua hasta el estómago, una escalera de acidez. Te quedas a la espera de que algo abominable descienda, aunque sabes que es apenas una sensación de vacío, un bolo de bordes amargos no proveniente de un bocado ni de un líquido ingerido.

Llevas titulado algunos meses, pero te resistes a considerar la oferta de un familiar para trabajar de administrador en un supermercado de barrio. Le prometiste a tu mujer que hallarías algo mejor, un puesto en una exportadora de frutas con oficina en Santiago o algo por el estilo. Sabes que la ciudad es difícil para encontrar un cargo en tu profesión de agrónomo, pero no pierdes la esperanza. Mal que pese, te consuelas, estabas entre los mejores estudiantes de tu carrera en universidad privada. Es asunto de paciencia, meditas a diario, confiar en que tu familia apoyará unos meses más. Acabas de casarte, tu mujer tiene veinte semanas de embarazo y cada vez que hablan del parto, sientes la presión que ella y su madre imponen: clínica privada, cesárea, accesorios para el bebé, todos conceptos traducibles en gastos que se avecinan y deberán correr por tu cuenta. Diariamente actualizas tu currículum para repartirlo en distintas oficinas o te inscribes en bolsas de trabajo virtuales, sin nunca variar tus pretensiones de sueldo. A veces decaes, los fines de semana sobre todo, durante almuerzos y onces en las que llueven preguntas de los parientes de tu mujer, día a día más panzona bajo su jardinera de mezclilla: ¿cómo te ha ido con la búsqueda de trabajo? Como si no bastara con que tus padres lo pregunten, mascullas, cada vez que los llamas para pedirles plata para un medicamento o para la ecografía en 3D que a tu mujer se le antojó hacerse por insistencia de sus amigas.

---

1 Publicado en *A cada rato el fin del mundo*. Valparaíso: Emergencia Narrativa editorial, 2013.

2 Galo Ghigliotto. nacido en Valdivia en 1977, poeta, narrador, director de Editorial Cuneta, editor de Multitud, y organizador de La Furia del Libro, feria de editoriales independientes. Autor del volumen de cuentos "A cada rato el fin del mundo", publicado por Emergencia Narrativa. Contactos: galo@editorialcuneta.com

Ya te había desanimado bastante ver aquellos avisos en el diario, donde se especificaba claramente y sin temor a acusaciones por discriminación: se busca ingeniero agrónomo, de la Universidad Católica o de la Universidad de Chile, y punto. Profesionales de universidades públicas, no de una privada como era tu caso. No uno sino dos o tres avisos semejantes flotaban en el espacio de aquel suplemento dominical, dando forma a una inseguridad creciente en tu interior. El resto de los avisos: vendedores, operarios, ingenieros, secretarias. Pero ahora, con lo que Juan Arévalo acaba de contarte por teléfono, colgaste con un gesto mortuorio en tu fantasía y te trasladaste al pasado, cuatro o cinco años antes, cuando recién empezabas el sueño universitario.

Solías pasar mucho tiempo solo en aquella época, porque estabas concentrado en tu carrera y todavía no tenías verdaderos amigos en la universidad. Participabas en distintos grupos de trabajo: en un ramo con dos compañeras, en otro ramo con tres compañeros; pero más allá de la obligación que la entrega de un informe les imponía, no llegabas a crear vínculos con ellas ni ellos. El primordio de una amistad se diluía una vez entregada la ruma de papeles impresos, corcheteados o anillados. Recién al tercer año, durante el terroríficamente célebre curso de Estadísticas I, encontraste a un compañero del cual pudiste hacerte amigo. Las cosas se dieron casi por accidente, una vez conocidos los resultados de la primera prueba solemne en esa materia: la mayoría del curso había sacado nota roja, inferior a cuatro, salvo tú y otro a quien no conocías. Se llamaba Juan Arévalo.

Arévalo era el hijo de un campesino de Rengo. Su familia vivía de lo que producían algunas hectáreas de manzanos y otras de papa o cebolla, según la estación. A diferencia de otros compañeros cuyos padres también poseían tierras, los Arévalo trabajaban por sí mismos sus cultivos: desde la siembra a la cosecha hundían los pies en el barro y no los de operarios o empleados, mientras los jefes se dedicaban a domar caballos para el rodeo. Juan Arévalo se había criado en la tierra, un sinnúmero de veces participó junto a su padre y sus hermanos en las labores del agro. Sabía más de pestes y malezas que otros estudiantes, incluyéndote, porque tu relación con la tierra era casi inexistente: nunca habías ido a un campo, nunca te habías subido a un tractor, nunca habías visto el agua de riego entrar por los camellones de un vergel, ni siquiera habías caminado entre los árboles de un huerto a media tarde. Si te matriculaste en agronomía

fue porque tenías la idea de llevar una vida fuera de la ciudad, cerca de la tierra y la continua agitación de las hojas por la mano del viento: te sentías infinitamente más ecologista que campesino. Cuando conociste a la mujer que luego sería tu esposa entendiste que los acontecimientos no se darían como los habías planificado: te enamoraste de la hija de un comerciante, una bella chica de ojos grandes y largo pelo negro, propensa a las compras nocturnas y las salidas de fin de semana. Ella no se iría al campo contigo, te lo había dicho.

Tus lazos con Juan Arévalo empezaron a tenderse cuando se reconocieron como los únicos con nota azul en ese abominable ramo de Estadísticas I. Los dos primeros lugares en el podio académico de ese curso; el resto, lejos, muy lejos. Facundo Cristi, el alto, gordo y crespo Cristi, el bruto, que parecía a punto de botar una silla o una mesa cada vez que entraba con su camisa a cuadros por la puerta de una sala, le exigió al profesor –con la prepotencia natural del dueño de miles de hectáreas– que modificara la escala para mejorar las notas del curso. Varias otras voces se levantaron para replicar su demanda. Lo hacían con la confianza de quienes se saben jefes de los profesores en una universidad privada y faltó poco para que alguien repitiera algo que ya habías escuchado antes: mire, profesor, nosotros le pagamos el sueldo. El delgado profesor, con la mueca beatífica que le otorgaba tener entre sus manos un argumento inviolable, pareció regocijarse cuando acomodó sus lentes y dijo que ello sería imposible, porque un alumno, Juan Arévalo, había sacado siete, la nota máxima en la prueba. Las cabezas de tus compañeros y también la tuya se voltearon para recorrer la sala en busca del rostro que encajara con ese nombre desconocido que tanto los fastidiaba. Ahí estaba, al fondo de la sala, el bajo y corpulento Arévalo, despreciablemente moreno a ojos de algunas alumnas más claras, incomodando a la mayoría del curso desde su aislado asiento junto a una ventana. Una de esas compañeras, una tal Margarita Villalta, preguntó con el tono arrogante de su estirpe bancaria si hubo más azules en las notas del curso. De la voz del profesor salió entonces tu nombre y sentiste en la espalda el palmoteo de la huesuda mano de Ignacio Urciénaga, a quien no habías visto sentado detrás de ti, quizás porque lo despreciabas íntimamente. Sin más remedio que aceptar la derrota, el jadeante rebaño de hienas que en ese momento te parecieron las compañeras en primera fila, se volvió a sus cuadernos porque el profesor había comenzado una nueva clase entre las paredes de la sala. Era otoño, la luz de los tubos fluo-

rescentes alineados en el techo brillaba más que el tenue resplandor de un cielo nublado visible desde los ventanales.

Mientras el tropel de estudiantes caminaba por el pasillo, después de salir de la sala de clases, Margarita Villalta, simpática, coqueta como nunca, se apegó a tu lado para invitarte a estudiar en su casa antes de la próxima prueba. Camino al paradero de micros, en la puerta del campus –a través de la cual estudiantes pasaban a toda velocidad dispersando hojarascas con las ruedas de sus autos–, te encontraste con Arévalo y se hablaron por primera vez.

En las clases siguientes, alimentados por ese primer contacto, tú y tu nuevo amigo comenzaron a sentarse juntos. Lo mismo pasó en todos los ramos donde coincidían: se hizo costumbre trabajar asociados en la redacción de informes, estudiar para las siguientes evaluaciones, controles, pruebas.

Días antes de la segunda prueba solemne de Estadísticas I, Arévalo y tú decidieron recluirse en la pensión del primero para estudiar juntos, sin invitar a nadie. Era una respuesta al hipócrita murmullo de quienes los convidaban a asados, fiestas y otros eventos sociales que, de sólo imaginarlos, les aburrían profundamente: si personajes como Facundo Cristi –pensaban ustedes– ya eran pesados estando sobrios, cuán desagradable podía ser una noche con otros como él, pero borrachos. Las excusas para no asistir eran siempre las mismas: Arévalo volvía al campo para estar con su familia, tú tenías un compromiso preestablecido con amigos o familiares. Lo cierto es que varias veces, a la misma hora en que los otros asaban carnes, ustedes se juntaban en tu casa o en la pensión de Arévalo, a escuchar música y conversar mientras destapaban cervezas y enrollaban pitos.

El día de la prueba llegaste un poco antes de la hora. Viste a Margarita Villalta y sus botas de equitación rayando fórmulas sobre la cubierta de su pupitre. Facundo Cristi, con sus enormes cejas fruncidas, sostenía entre sus manos toscas una monumental calculadora científica en la que grababa las respuestas de exámenes de semestres pasados, conseguidos con amigos mayores. Antes de tomar asiento en uno de los pocos bancos desocupados de la sala, encontraste la cara ansiosa y ojerosa de Ignacio Urciénaga sentado detrás de tu amigo Arévalo. Su expresión pálida se veía resaltada por el corte al rape de su pelo rubio,

casi transparente. Entre sus huesudos dedos tenía un lápiz bic que llevaba a su boca, mordía, hacía girar, neurótico, o levantaba para garabatear sobre la mesa. El profesor entró a la sala envuelto en un aura de silencio que contagió a todos tus compañeros. Sacó un lote de hojas blancas de su morral tirado sobre el escritorio y empezó a repartir una a una, banco a banco, las pruebas para ser examinadas de inmediato por los ojos expectantes del curso. Escribiste tu nombre en la primera línea, la fecha de ese día de invierno y te alegraste al reconocer algunos ejercicios que Arévalo y tú habían resuelto la noche anterior.

A la semana siguiente el profesor, aguardado con más expectación que nunca, llegó a la sala para entregar las notas. Antes de saludar, y para darse importancia o incrementar el goce del morbo privado, pronunció palabras con las cuales congratuló a la mayoría del curso, que había mejorado notablemente sus resultados. Farfullando nada más que los apellidos de los estudiantes, igual como había hecho la ocasión pasada, llamó uno a uno hacia adelante para entregar papeles tamaño oficio, pintarrajeados con lápices de color rojo o azul. Las miradas de alumnas y alumnos caían sobre las hojas estiradas entre sus manos para rebotar en gestos de alegría o desesperanza, de paz o frustración. Algunos, como Facundo Cristi, volvieron a sus asientos recitando un rosario de maldiciones y luego tomaron sus mochilas para salir de la sala dando portazos frente a los ojos entrecerrados del maestro.

Una vez repartidas las pruebas, el profesor anunció que las notas estarían disponibles en la carpeta del curso, en la secretaría de la escuela, para que cada uno pudiera saber con qué calificación se presentaría al examen. Varios fueron hacia allá, no sólo para ver sus promedios, también para curiosear los de otros. Arévalo se había eximido, tú debías rendir el examen. Revisando los otros nombres de la lista entendieron que Facundo Cristi desertó de esa manera porque el promedio no le alcanzaba para nada. Se sorprendieron de ver los buenos resultados para Margarita Villalta y sus compañeras de grupo, y la excelente nota que el enjuto y empaquetado Urciénaga había obtenido, muy parecida a la del campesino Juan Arévalo.

En los años siguientes, tu amistad con Arévalo se estrechó cada vez más. Desarrollaron sistemas de estudio para los ramos venideros y aprendieron a reírse de algunas situaciones que se hacían recurrentes, como el súbito interés por

conocerlos e invitarlos a fiestas y asados –justo después de conocidas las primeras notas de cada nuevo curso–, o la permanente presencia de Urciénaga detrás de Arévalo durante las pruebas. En esas ocasiones, el flaco y rubio Urciénaga repetía el mismo rito: mirar hacia adelante, pararse a botar papeles al basurero, salir al baño en medio del examen, fingir repentinos dolores de espalda por los cuales debía ponerse de pie –todo esto siempre con los ojos puestos sobre la prueba de Arévalo–. Era una extraña forma de comensalismo universitario, en el que uno se favorecía del otro sin causarle daño ni beneficio. Así fue hasta el fin de los cursos.

Ahora, después de colgar el teléfono, recuerdas esos momentos y te parecen fotos que se hunden en un pozo negro. Sobreviene el silencio, te descubres nuevamente en el living de tu departamento, tras las ventanas oscurece. No alcanzaste a encender las luces y ves que la sombra de un árbol reseco avanza sobre la blanca pared que tienes enfrente. Llamaste a tu amigo Arévalo para preguntarle si tenía novedades sobre el puesto en la semillera donde trabaja. Días antes te había contado que posiblemente lo ascenderían a jefe zonal: su jefe había decidido no hacer convocatoria para el cargo y dárselo directamente a él, por su buen desempeño. Eso significaba que su puesto quedaría vacante y podría recomendarte. El campesino estaba dichoso, no sólo porque ganaría el doble de lo que recibía hasta ese momento, sino por la posibilidad de ser compañeros de trabajo, un pequeño paso de regreso a las andanzas estudiantiles. Hubieses preferido dedicarte a imaginar las cervezas que compartirían después de las jornadas, los asados, los hijos de ambos creciendo en una ciudad tranquila, pero en vez de eso la realidad se ajustó a la silueta racimosa de las ramas ya secas de ese árbol umbroso sobre la pared, soplándote la oreja con el susurro frío que fue la voz de Juan Arévalo después de colgar el teléfono en esa habitación sombría.

Te quedas pensativo, suspirando posibilidades que se desarman adentro tuyo sin haber alcanzado a dibujarse por completo. Juan Arévalo acaba de decirte que su jefe se ha retractado de promoverlo, porque el gerente general de la empresa, el jefe del jefe de Arévalo, recibió la llamada de un amigo contándole que su hijo, también agrónomo, necesitaba un trabajo. Le pidió que, en honor a los años de amistad y los negocios en conjunto, le diera un puesto en su empresa. Así, con ese tono de remedo se lo contó el jefe de Arévalo a Juan Arévalo,

agregando que no tuvo más opción que acatar cuando el gerente lo llamó para indicarle que Ignacio Urciénaga, el hijo de su amigo, tomaría el puesto destinado para él. De idéntica manera te lo contó Juan por teléfono, con vibrante decepción en su voz.

Tras algunas palabras de consuelo mutuo, cortaron con parsimonia inédita. El gusto agrio en tu boca, el vacío de bordes ácidos, la sombra del árbol en la pared –mano negra y dedos enclenques–, delinearon el límite de tus perspectivas. No va a ser tan fácil, no para mí al menos, murmuraste. Tu cuerpo encorvado, visto de espaldas, llenando planillas en la estrecha oficina de un supermercado barrial, se hizo nítido ante tus ojos. Después de todo no es tan terrible seguir en la ciudad, te consolaste, cerca de tus parientes, junto a las tiendas que tanto le gusta visitar a tu mujer.